

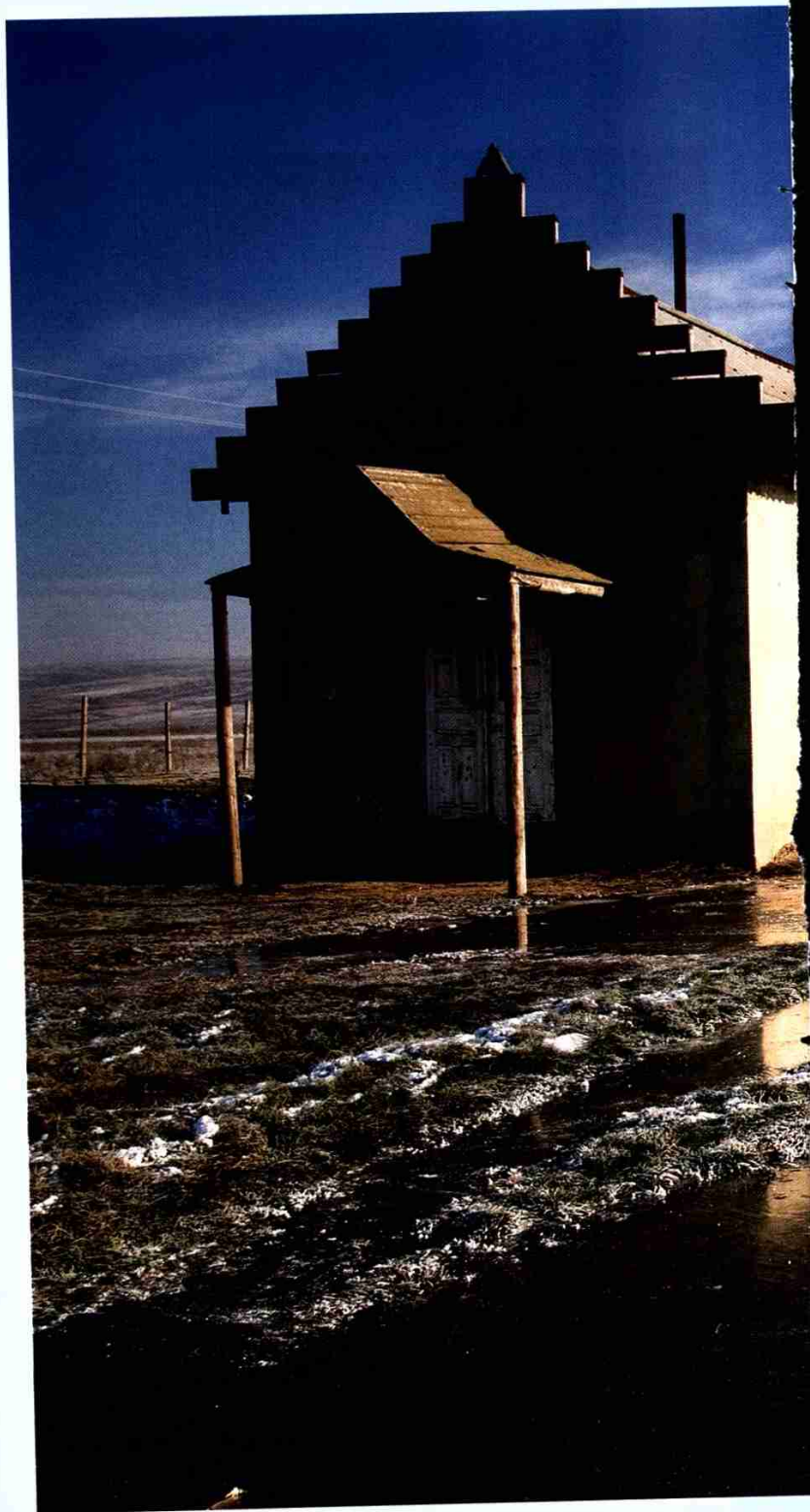


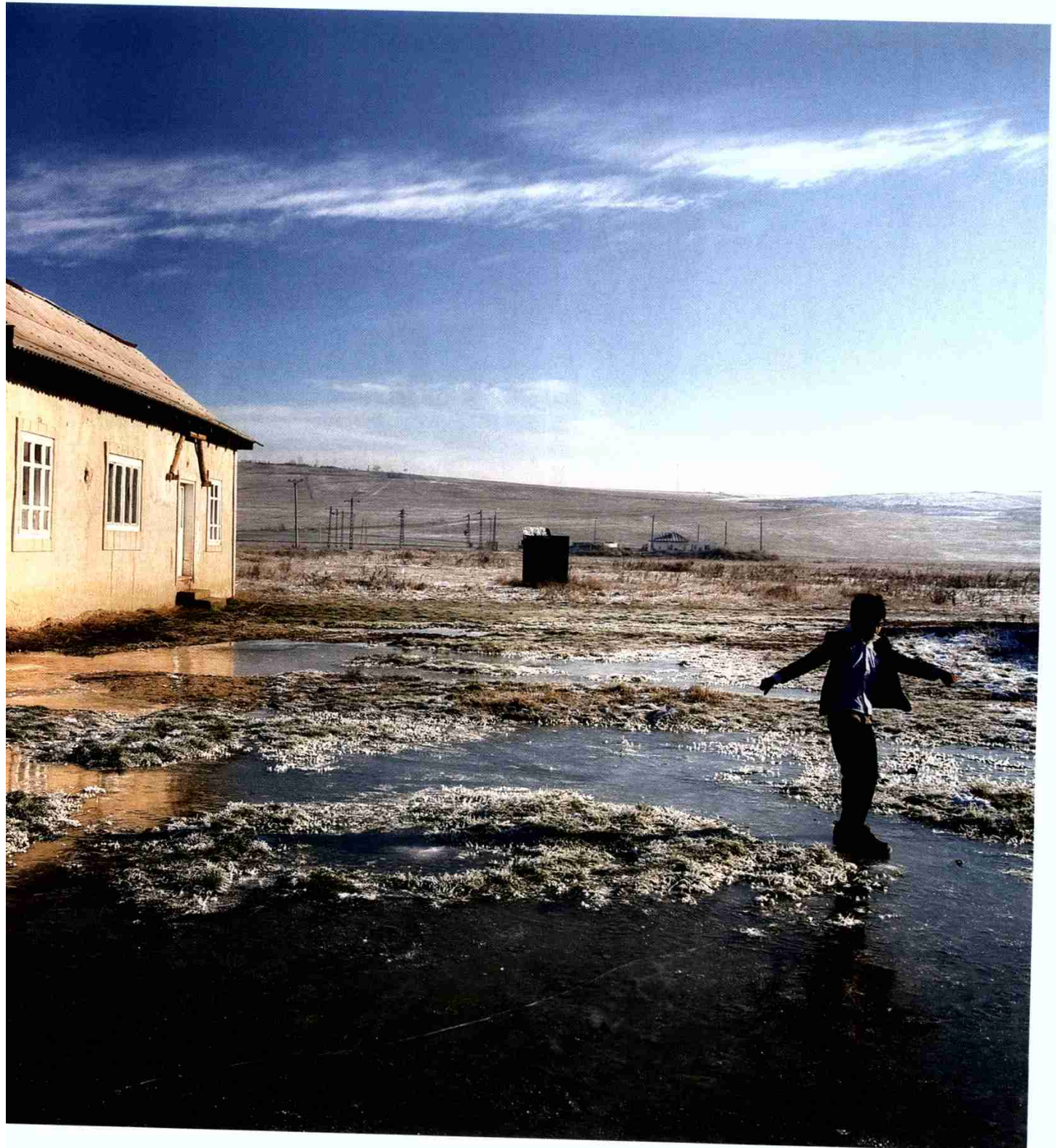
REPORTAJE

NÓMADAS A LA FUERZA

Rumanía es el lugar de origen y retorno del constante devenir de los gitanos rumanos hacia lugares como el Estado español, Francia e Italia. La falta de oportunidades laborales, la marginación impuesta por el lugar de nacimiento y una cultura fuertemente arraigada condicionan la diáspora romaní, que se desarrolla más por supervivencia que por herencia.

Texto y fotografía: **Eva Parey**





zazpika 19

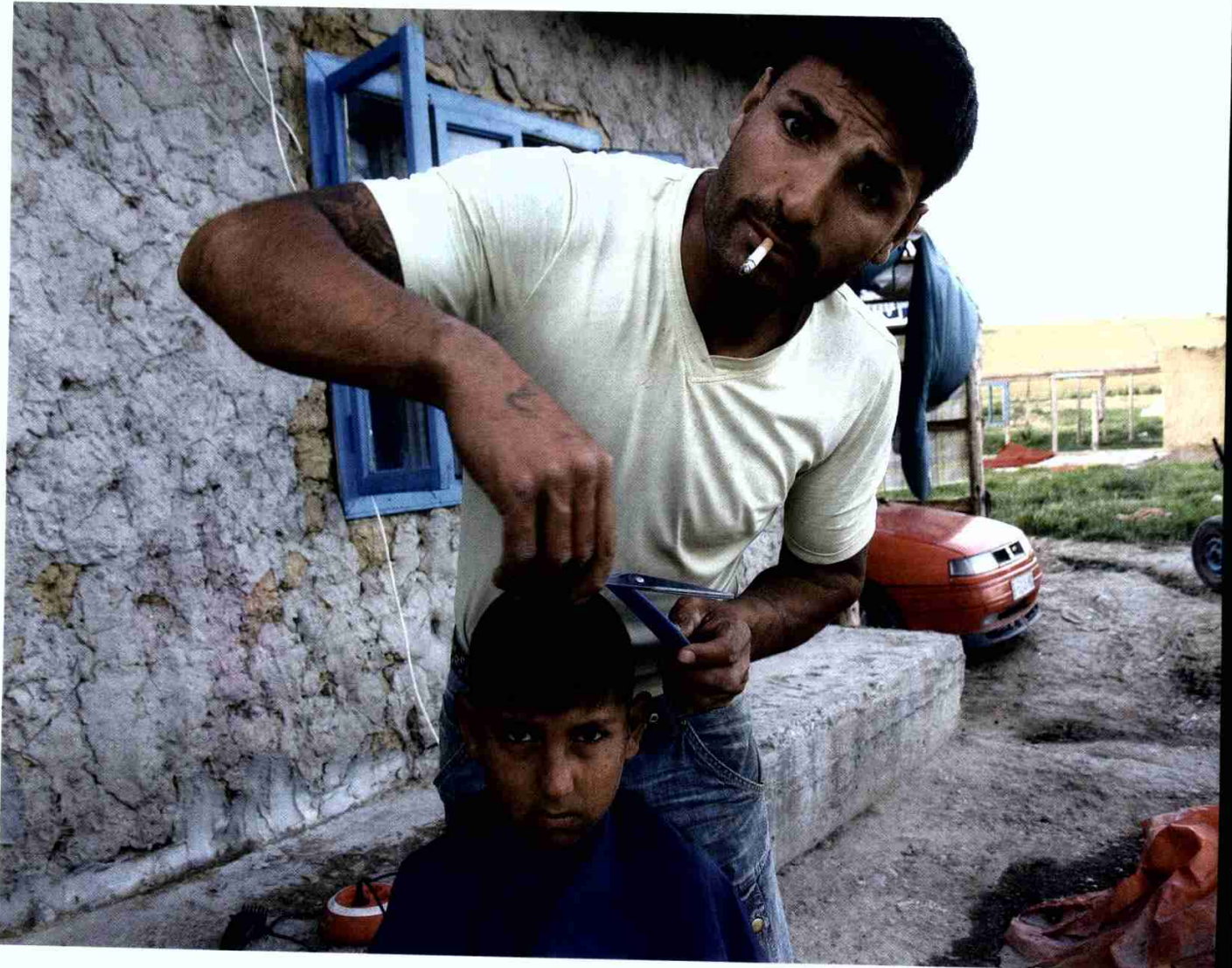


NÓMADAS



Una joven recién salida del hospital prepara a su bebé de pocos días para presentarlo a las vecinas. Su madre le ayuda en la tarea, bajo la atenta mirada de otras chicas de la familia.

Hace dos días que Nicoletta dio a luz en el hospital de Birlad. La ambulancia llegó a las cinco de la mañana. No permitieron acompañantes. Tampoco llevaba los 55 euros para pagar la oxitocina ni la epidural, así que el parto fue natural. Su madre, Ioanna, una mujer de 65 años con 18 hijos por descendencia, la ha visitado dos días después. Tras despedirse, en el último momento le grita a su hija: «Póngale Daniel Janin Marin». Así se llamará el nuevo miembro de la familia. Daniel, el nombre oficial, con el que se identificará en la sociedad; y Janin, el gitano, por el que le conocerán en su mundo. El apellido es el de la madre, ya que oficialmente no hay matrimonio declarado. Del padre sólo se sabe que cumple una condena de tres meses por robo de cobre en Barcelona. La familia está descontenta. Fue a trabajar al Estado español pero



se metió en un lio y ahora ya no envía dinero. Son muchos los que animan a Nicoletta a buscarse otro marido, pero ella no se decide.

Ellos son de Vaslui, una zona rural tocando con la frontera de la República Moldova, al noreste de Rumanía. Los gitanos, presentes en todo el territorio, viven agrupados en el centro o en las afueras de las poblaciones, en zonas donde no hay alcantarillado ni sistema de recogida de basuras. Sus casas no tienen agua, ni sanitarios, ni cocinas propiamente dichas, pero tienen luz y, por 5 euros al mes, una salida de agua a escasos metros de la vivienda. Viajar a Vaslui es como hacer una regresión en el tiempo. Cerdos, vacas, caballos, perros y hasta ranas pasean a sus anchas entre las casas de adobe. El que puede pone una valla alrededor de su casa. Allí el coche es un lujo. Son muy pocos los que lo

tienen y es fácil ver coches con la antigua matrícula de Barcelona o la francesa. Lo normal es moverse con carreta y dos caballos.

Rumanía es un país donde el salario mínimo mensual son 163 euros, y el medio 328, aunque la lista de la compra, gasolina o pañales cueste prácticamente lo mismo que en el Estado español. La Sanidad, aunque es pública, a efectos prácticos puede funcionar como una privada. Se trata de un sistema sanitario deficiente y bastante corrupto, herencia de la época de Ceaucescu, que gobernó hasta 1989. Debido a la baja financiación del sistema público, el 36% de los gastos se ha de pagar en efectivo. Una visita pediátrica al otorrino o al oftalmólogo puede costar entre 10 y 50 euros.

Con la reforma socioeconómica de los 90, tras la caída del régimen comunista y la implantación del sis-

En general, son pocos los hombres rom que viven permanentemente en Rumanía. La permanencia la marca la oferta de trabajo, y hay poca.



Una mujer ordeña a su vaca para tomar el desayuno. La casa que se ve al fondo pertenece al prestamista del pueblo.

tema capitalista, la situación de los rom empeoró considerablemente. La privatización de las empresas redujo en un 20% los puestos de trabajo y los primeros en ser despedidos fueron los gitanos. A la vez, la reforma agraria perjudicó notablemente a este colectivo, que en la época de Ceaucescu podía explotar los recursos del campo y tras la reasignación del terreno en minifundios quedó fuera. Hoy, difícilmente pueden trabajar como jornaleros.

NÓMADAS

y de forma esporádica, en Sicilia o Inglaterra. Su vida transcurre entre las calles de las grandes urbes recolectando la chatarra que las sociedades modernas desechan para vendérsela a chatarreros que la enviarán a la fundición. Esporádicamente, recurren a la mendicidad. Residen en campamentos contruidos de forma improvisada o fábricas abandonadas. Algunos viven de alquiler en pisos que pueden estar compartidos por varias familias, lo que a veces genera problemas de convivencia con los vecinos por el ruido que pueden ocasionar y el ajeteo de tantas personas en un espacio generalmente pequeño. Sin embargo, ellos sienten que viven mejor.

De forma generalizada, afirman que «en el extranjero se vive mejor y, además, el dinero se multiplica en Rumanía». Incluso en sus oraciones, en la Iglesia Evangélica Pentecostal, pueden escucharse sollozos pidiendo trabajo en Europa. A simple vista no se entiende, conociendo su *modus vivendi* en el extranjero. Todo cambia cuando replican: «Sí, pero fuera tengo trabajo, aquí no». La realidad es que en Rumanía, incluso con la pensión estatal, el dinero se acaba rápido y, sin una fuente de ingresos local, la única alternativa es hacer una llamada de urgencia a algún familiar que resida fuera para que envíe algo de dinero, aunque sea 20 euros. Así, su estrategia de supervivencia en el extranjero consiste en adaptarse al medio reproduciendo su estilo de vida de Rumanía. Al estar acostumbrados a un modo de vida tan precario, pueden reproducirlo fácilmente en una caravana o una chabola por un coste irrisorio, por lo que sus ganancias, aunque sean escasas, resultan íntegras.

Como todos los miembros de su familia, Ioanna también estuvo en Barcelona, en el campamento de Sant Andreu. Su estado de salud no le permitió dedicarse a la recogida de chatarra como el resto del clan. Durante un año y medio practicó la mendicidad en el metro, hasta que la policía se lo prohibió. Después vinieron las visitas a urgencias del hospital del Vall de Hebron. Y acabó regresando a Rumanía. Decía que el aire era más puro allí. Al llegar, estuvo hospitalizada en Birlad varias semanas hasta que encontraron una pauta médica. En Rumanía, la tercera edad está bien atendida en los hospitales, así que no es necesario hacer aportaciones extraordinarias. Desde entonces, está al cargo de seis de sus nietos cuyos padres, por estar desplazados, no pueden atender.

Los frutos del éxodo gitano rumano se empiezan a recoger ya. Sea con ladrillos de adobe o de cemento, muchos están incrementado su nivel de vida, renovando sus casas o construyendo viviendas nuevas, en general de dos o tres estancias. Sin embargo, cada vez destacan casas más grandes frente a las demás. Tudor,

El marido de Ioanna era chatarrero. Hacía desalojos a domicilio con su carro. A la vez, era tratante de animales: de cerdos y caballos. Sus hijos se criaron entre la chatarra y el campo, lo que ha marcado el modo de ganarse la vida en esta diáspora romaní.

En busca de una vida mejor. Hace 8 años que los hijos de Ioanna emigraron, estableciéndose en diferentes puntos de Europa, principalmente Barcelona y Lille;

NÓMADAS



Los niños rom aspiran a ser chatarreros, tratantes de animales o trabajadores de la construcción.

el dueño de una casa imponente de tres pisos con trece habitaciones –*el palazzo*, según los lugareños–, explica que estuvo cinco años trabajando en el sector de la construcción en París y con las ganancias acumuladas pasó a ser uno de los prestamistas locales. Así, sus compatriotas están obligados a trabajar el triple para devolverle el dinero. Su casa, todavía en construcción, sí que tendrá lavabos, tres con bañera.

Una vida sin proyección. Para comprender su ciclo de vida habría que empezar por entender el alto índice de absentismo escolar que, posteriormente, les condicionará el acceso al mercado laboral. La respuesta la da la representante romi Gianina Maracine, una chica de 22 años que nunca ha salido de Rumanía. Ella es hija del pastor de la Iglesia Pentecostal, imparte clases de catequesis y es la única gitana que trabaja en el Ayuntamiento. No está casada ni piensa en ello. A los 21 años decidió comenzar la carrera de Derecho en Galati y, aunque sus congéneres no entienden mucho esa decisión, ella cuenta con el apoyo de su familia, chatarreros también pero con furgoneta. «Muchos niños no van a la escuela –afirma–, sus padres tienen necesidades tan básicas que no pueden proyectar la vida de sus hijos. No ven los beneficios de ir a la escuela más que para escribir y contar». Sin embargo, la visión del profesorado en las escuelas es muy distinta. Violeta, una pro-

fesora que trabaja en una escuela para niños rom, comenta sobre una de sus clases: «Todos estos niños son casos sociales asistidos. Por más comida que les demos –arroz, huevos, leche–, además de las ayudas económicas y el material del colegio, incluyendo el desayuno, no hay continuidad escolar. Hoy hay 14, de los 28 niños inscritos en esta clase, y mañana habrán otros tantos. Muchas familias están ahora en España, Italia o Francia y algunos niños están explotados laboralmente, se ven obligados a mendigar. Ellos me lo han explicado». Añade, además, que hay un problema de comunicación pues las clases se imparten en rumano pero algunos niños sólo hablan romaní. «De todos ellos, sólo hay dos o tres que atienden y que recuerdan algo de lo enseñado en clase. En casa no tienen espacio para estudiar. En una habitación viven 10. No tienen mesas ni sillas, sólo camas». Violeta muestra cierto agotamiento, pues durante dos años ha estado visitando periódicamente a varias familias para explicarles la importancia de la escolarización, pero la situación apenas ha cambiado.

De hecho, tras preguntar sobre el futuro a varios niños de edades comprendidas entre 6 y 12 años, las respuestas oscilaron entre ser chatarrero, tratante de animales, trabajar en la construcción, limpiar y tener muchos hijos. Algunos ubican sus sueños en algún país europeo. A partir de los 13 años, pueden responder que ya son mayores.

Ioanna hace poco que ha recibido la propuesta de casamiento de una de las nietas, de 12 años, que está a su cargo. La noticia causó mucho revuelo. Ioanna no quería casarla, era muy joven. Cuando le ofrecieron los 2.000 euros repuso que mejor 4.500, por lo que la propuesta fue retirada de inmediato. Algunos miembros de la familia no aprobaron esa decisión, pues a Ramona la ven preparada para llevar el peso de un hogar. Ramona, en cambio, se alegró profundamente del desenlace de la historia.

Una blackberry del mercado negro permite a Ioanna seguir la pista de sus hijos casi a diario. En el campamento en Barcelona la vida sigue. Mariana acaba de traer al mundo otro crío que, con las prisas, nació en casa y fue la propia Mariana la que le cortó el cordón umbilical. Gigel y Madalina, después de ser expulsados de Francia con sus cuatros hijos, han tomado la decisión de instalarse en Barcelona de forma permanente. Se han dado cuenta de que la chatarra no es el mejor medio de vida y quieren que sus hijos vayan al colegio, así que Gigel aspira a buscar un trabajo, por precario que sea, para poder regularizar su situación. Ramona, que vive con su marido y su hijo de dos años, mientras el resto de sus 5 hijos permanece en Rumanía, mira a su alrededor y exclama apesadumbrada: «Esto no es vida. Yo me quiero ir a mi casa, con mis hijos».



Ioana, la matriarca, tiene dieciocho hijos, algunos de ellos dispersos por Europa. En Rumanía, cuida de los nietos que tiene a su cargo.



Unos hombres se preparan para la matanza del cerdo. En Navidad, las familias celebran la matanza en el exterior de la casa, en la calle o el campo.